



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SIGUIENDO AL MUERTO

No han faltado acontecimientos en esta quincena. El cautiverio y extradición de los Humbert, con la revelación de los orígenes de su captura, revelación que confirmó mi aserto relativo al probable olfato de nuestra policía; las alarmas y temores infundidos por la guerra marroquí, reguero de pólvora que puede, de un momento a otro, prender fuego a nuestra casa; y la muerte de D. Práxedes Mateo Sagasta — una de las dos columnas que limitaban nuestro Estrecho político, — han dado larga tela a la prensa diaria y llenado sus columnas multiplicando esos números de á seis páginas que cuestan como de á cuatro y nunca acaban de leerse. Sagasta, en especial, ha ocasionado un desate de artículos biográficos, en los cuales reviven y palpitan memorias ultrarrevolucionarias, mezcladas y confundidas con reminiscencias del espíritu monárquico más ferviente. ¡Extrañas biografías las de los políticos! ¡Lástima de Plutarco que las sazonase con sus reflexiones, impregnadas de clasicismo y de pagana sabiduría!

Y yo digo que el que acaba de bajar al sepulcro fué un hombre tan feliz como se puede ser en esta malhadada vida; al menos, se podría jurar por los datos visibles (aunque nadie sabe lo que cada cual lleva dentro, en la caja de las penas). Una influencia benéfica convirtió para él en flores los que para otros fueron abrojos ensangrentados. De sus compañeros y amigos, los revolucionarios de 1854, 1866 y 1868, ¡cuántos han vegetado obscuramente, cuántos perdieron vida y hacienda! A infinitos los ha olvidado la historia; de varios inscribió el nombre con caracteres sombríos. La fiebre y el abandono al pie de cenagoso charco fueron para Sixto Cámara; las balas y las postas del alevoso trabuco para el héroe de Castillejos D. Juan Prim; la temprana desaparición para Calvo Asensio; la rápida impopularidad para Ribero; el eterno destierro para Ruiz Zorrilla; la labor de pluma forzosa, los ahogos económicos, el alejamiento gradual de las perspectivas del poder y del mando, para el gran Castelar; el retraimiento modesto, entre penumbras de olvido, de ese fácil olvido de los pueblos perezosos de inteligencia, para D. Francisco Pi... Y entretanto Sagasta, procedente de donde ellos procedían, llegaba á la cumbre del poder y á la meta del triunfo, y no sólo llegaba, sino que se sostenía y arraigaba en ella, con firmeza prodigiosa de institución secular. Sin los arrestos de Prim; sin la arrebatadora elocuencia de Ribero; sin la perseverante convicción de Ruiz Zorrilla; sin el prestigio europeo, universal, de Castelar; sin la sapiencia y la previsión de Pi, Sagasta los eclipsaba á todos, se colocaba fuera del alcance de los sucesos, inmovible, perpetuo, imprescindible, indispensable — por una de esas fortunas históricas de las cuales no faltan ejemplos en este siglo, y no sólo en el terreno político, sino en el literario; y dígame la suer-

te de Víctor Hugo, que recogió él solo toda la aureola y toda la herencia del vasto y complejo período romántico. — Cuanto hizo España en pro de la libertad; cuantos esfuerzos convulsivos, cuanta sangre vertida representa el planteamiento del sistema constitucional, el afianzamiento de la dinastía isabelina, el estado de derecho presente, y asimismo todo lo que (¡curiosa dualidad!) se luchó para lanzar del trono á esa misma dinastía; cuanto se llama «herencia de la revolución» desde 1868 acá, redunda muy principalmente en favor de la personalidad de Sagasta, y le llevó, de un modo insensible, á ejercer su mansa dictadura política, sin riesgos y casi sin contradicciones. La «gloriosa» otorgó al diestro conspirador, al infatigable agitador, la cartera de Gobernación, y en su desempeño, reinando D. Amadeo de Saboya, sufrió fracaso tal, en la célebre cuestión de la *transferencia*, que hubo de retirarse confesándolo, y ni acta de diputado tuvo en las elecciones siguientes. Pasajera fué, sin embargo, la sombra que veló su buena estrella: el golpe de fuerza de Pavía le sacó á flote otra vez, haciéndole ministro de Estado y poco después presidente del Consejo. La restauración de la monarquía de Alfonso XII, lejos de relegarle á segundo término, le infundió nuevos bríos: la jefatura del partido liberal se le apareció con sus infinitas promesas, sus ilimitados horizontes. Y ya ni el alzamiento republicano de 1883, ni los fusilamientos que lo terminaron, ni la disidencia izquierdista, ni la nueva insurrección de 1886, tan imprevista por el gobierno sagastino como temible en los primeros instantes; ni la famosa cuestión de los *subalternos*, que dió claras señales de la debilidad con que se gobernaba; ni la guerra de Cuba, ni la de Filipinas; ni los inmensos, apocalípticos desastres de Santiago de Cuba y Cavite; ni el tratado de París y la pérdida de los últimos restos de nuestra soberanía colonial, influyeron para restar á Sagasta una sola probabilidad de ser llamado á formar gobierno en el punto y hora en que cesasen de presidirlo Cánovas y luego Silvela, los conservadores, en suma; ni mermaron su popularidad, ni turbaron la calma de su edad proveya, su vejez cada día más colmada de honores.

En esta etapa postrera había dado mal despacho, con agravios, pesadumbres y decepciones, á tres personajes de la talla de Gamazo, Romero Robledo y Canalejas; pero sin cuidado le tenía... En otras peores se había visto, siempre acompañado de la favorable estrella á que antes me referí... ¿Estrella?

Hay *estrellas*, quién lo duda: hay en política, como en el juego, extrañas, tercas corrientes, *venas*, *rachas*, algo que no explica la razón. Pero hay, en política al menos (y si se estudiasen bien, hasta en el juego se comprobarían), efectos del carácter, adaptaciones singulares de la personalidad á las circunstancias y al medio, más eficaces, para asentar una dictadura del género de la que ejerció Sagasta, para crear una oligarquía como la que él creó, que otras cualidades de orden más elevado y genial. Cánovas necesitó, para lograr lo que Sagasta, doble esfuerzo, doble fatiga; él pasaba la mano á contrapelo; mientras Sagasta, que estaba en el secreto, halagaba pelo abajo el espinazo del pobre envejecido león nacional, y cuando por casualidad el león, en vez de hacer la carretilla, iniciaba un rugido, se apartaba, le daba tiempo á que se calmase, y volvía... Jamás falló esta táctica.

Hoy se recuerda con interés una ingeniosa y acertada semblanza de Sagasta, escrita por Miguel Moya: muchos periódicos la han reproducido entera: yo sólo reproduciré unos párrafos, en confirmación de lo antedicho.

«Sagasta, que es en la oposición un incansable é invencible combatiente, se retira á la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de Ministros. Cuando lucha, lo quiere hacer todo: cuando ha vencido, sólo encuentra placer en no hacer nada. Habla con el fuego de la pasión á sus correligionarios; y como sólo les habla de lo que les interesa, y en un idioma familiar y sencillo, todos le entienden y todos le aplauden. Su mejor amigo es el tiempo. Su política ha consistido siempre en dejarlo todo para mañana. Ante las ingratitudes se sonríe; ante las rebeldías se cruza de brazos; ante los conflictos se encoge de hombros. Una desgracia es para él como una ola. Baja la cabeza y la deja pasar. Por eso dijo á Martínez Campos que le iba á fusilar en Sagunto y luego fué ministro con él. Por eso ha podido gobernar con la República, con la

Restauración y con la Regencia. Por eso es... Sagasta.

»Es un jefe de partido y un jefe de Gobierno á la altura de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas. En esto está su fuerza. En que no ha querido ser nunca sino el primero entre sus iguales. Eso de ser de casta superior lo deja para sus segundos... y para Cánovas.

»Cuando está en la oposición, habla para conquistar el poder: cuando está en el poder, para conservarlo. No teniendo que defender ó que combatir esto, no habla jamás: es mudo.»

¿No es cierto que los parrufitos encierran una lección substancial de psicología, no sólo del político que acaba de bajar al sepulcro, sino del pueblo que, quince ó veinte días antes de la muerte de Sagasta, le saludaba, en una especie de plebiscito, como al primero de los gobernantes españoles?

Hasta en esto la estrella lució para él, sobre su lecho de enfermo valetudinario, entre las arideces y terrores vagos del postrer período de la vida. Revolucionario sentenciado á garrote por un gobierno de Isabel II, al morir aclamado y cercado de simpatías, el rey Alfonso XIII deseó acompañarle á su última morada, la familia real vistió su luto, y su entierro en la basílica de Atocha fué una apoteosis. Este es el sinuoso curso de los sucesos, que en vano trataría nadie de regularizar. Los historiadores venideros, al estudiar la figura de Sagasta, encontrarán en ella, como encontró Moya, una personificación del alma española en las postrimerías del siglo XIX.

Ahora... el problema que á todos preocupa es cómo se substituye al jefe de un partido necesario para el equilibrio inestable de la política. Y aquí sí que desafío al más avisado y al mejor profeta á que haga vaticinios. La política, nuestra política, burla toda previsión; parece una divinidad hija del Acaso y de la Noche.

¡Quiera Dios que esos ciegos númenes, patronos de nuestros destinos, nos den una hija sana, bien conformada, una deidad robusta, fuerte, iniciadora, previsor, cual la habemos menester! Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbancamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados... Es decir, estamos cansados *algunos*, que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?

EMILIA PARDO BAZÁN.



En el ángulo superior izquierdo, «El Carnaval de Madrid.— Carroza 'Últimos moradores,' que obtuvo el primer premio.» y «El Carnaval de Madrid.— Carroza 'Cesto de naranjas,' que obtuvo el segundo premio.» Encima de este pie, «El Carnaval de Madrid.— Carroza 'Grupo de calabazas,' que obtuvo el tercer premio.» 1903, n.º 1.106, p. 175.